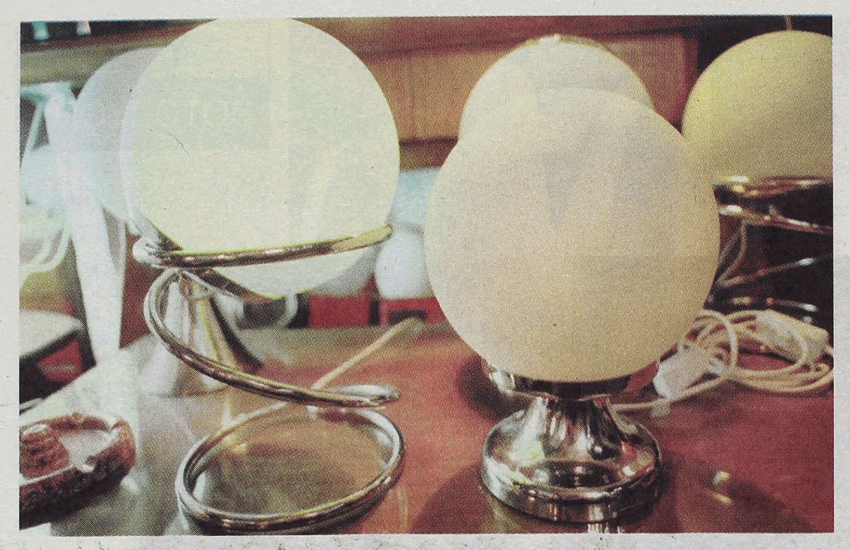
m²
SUPLEMENTO DE VIVIENDA DE PAGINA/12
AÑO 3 - N° 140
SABADO 6 DE OCTUBRE DE 2001

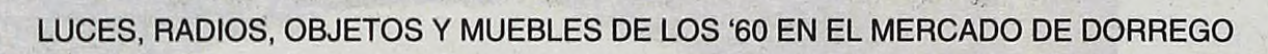


Vale retro

Objetos de las décadas modernas en el mercado Dorrego







LUCES, RADIOS, OBJETOS Y MUEBLES DE LOS '60 EN EL MERCADO DE DORREGO

Pulgas mo

POR SANDRA RUSSO

En la manzana que ocupa el Mercado de Pulgas hay d los '50, los '60 y los '70. A precios muchísimo más bajo diseño, algunos puestos ofrecen lámparas originales, s ceniceros, radios o hieleras de marcas argentinas que l también buenos ejemplares de legendarios tocadiscos.

En el Mercado de Pulgas de Dorrego hay olor a madera, a barniz, a esmalte, a sudor. Los changarines de los puestos cargan sobre sus hombros las mesas o los aparadores que, una vez más en sus largos, larguísimos años de vida, cambiarán de dueño y de lugar. Por los pasillos irregulares, angostos y de curvas impredecibles, la gente que pasea observa: todos tienen algo de mirada de miope, pero no porque lo sean sino porque ponen mucho empeño en observar. Es que se viene aquí a observar. A buscar con cierta imprecisión. A ver qué hay. Quien decide venir a "las pulgas", como dicen los puesteros, no tiene urgencia. Sabe que pueden ser necesarias varias visitas para descubrir, allá al fondo, en una esquina, desmerecidos por su lugar de exposición, ese mueble o esa lámpara que comprarán no sólo satisfechos por su diseño o sus materiales sino además por su precio. Precio de pulga.

En el amasijo de puestos atiborrados más de cosas viejas que de antigüedades, no todo es roble lavado ni estilo Luis y pico venido a menos, ni fórmica saltada. Salpicando la variopinta uniformidad del mercado, en algunos puestos saltan a la vista acrílicos, plásticos, metales ranurados, vidrios pintados, cromos, objetos extrañamente futuristas: son los que concentran su oferta en piezas de las décadas del '50, el '60 y el '70, los puestos modernos que ya han dejado de pasar inadvertidos y convocan al mercado a un público amante de los estilos de las décadas pasadas y que busca ese reloj, esa radio, ese aplique, sin la obligación de pagar por ellos las cifras desbordadas por los locales de diseño.

En uno de esos puestos, de nombre Michael, Michael se recuesta sobre un sillón huevo Jacobsen todavía sin restaurar. Michael se llama Sergio, pero cuenta que como él llama a todo el mundo Michael, el apodo le quedó para él. Tiene un pasado de gastronómico y es técnico electromecánico, pero el azar lo arrimó hace unos años a un puesto del mercado en el que consiguió trabajo arreglando lámparas, y las lámparas lo deslumbraron. Hace tres años, con los otros dos puesteros modernos del mercado, Miguel y Adrián, iniciaron esta historia de segmentarse y distinguirse con los muebles y las lámparas retro, aunque después cada uno fue afianzando su propio perfil.

"No me quedo con una sola época. Me gustan las lámparas art déco, con sus bases de mármol de Carrara, o esas esferas flotando en el aire. Me gustan las cosas con funcionamiento, como algunas lámparas de los '50 que suben y bajan su altura. Acá la cuestión es salir a buscar y encontrar. A veces es en remates, a veces vamos al interior, por ahí pasa un cliente y me avisa que en tal lado hay algo interesante... el tema es que hay que saber qué es potable. Por ahí encuentro diseños tan destruidos que no vale la pena arreglarlos. Porque para restaurar, de lo que se trata es de usar elementos originales, si no se desvirtúa el diseño", dice Michael, que muestra sus silloncitos huevo (cuestan 250 pesos el par) y explica: "¿Ves? Yo podría retapizarlos y venderlos ya más caros, pero por ahí el color que yo elijo no es que el cliente elegiría. Yo prefiero dejarlos así, tal comolos encontré, entonces el que venga acá tiene que imaginárselos lustrados, retapizados, es un pequeño esfuerzo, pero el precio lo compensa".

Michael dice que es habitual que en su puesto alguien pase y le ofrezca canje: a veces es un trueque y a veces es una parte del pago. Sobre el perfil de quienes llegan a su puesto, asegura que "hay de todo. Chicos jóvenes que compran las cosas más baratas, o gente un poco más grande que se acuerda de que en su casa de la infancia estaba esta lám-







FOTOS: RAFAEL YOHAI



LUCES, RADIOS, OBJETOS Y MUEBLES DE LOS '60 EN EL MERCADO DE DORREGO

Pulgas modernas



En la manzana que ocupa el Mercado de Pulgas hay de todo, incluso perlas de los '50, los '60 y los '70. A precios muchísimo más bajos que en los locales de diseño, algunos puestos ofrecen lámparas originales, sillones, mesas ratonas, ceniceros, radios o hieleras de marcas argentinas que hicieron historia. Y también buenos ejemplares de legendarios tocadiscos.

POR SANDRA RUSSO

En el Mercado de Pulgas de Dorrego hay olor a madera, a barniz, a esmalte, a sudor. Los changarines de los puestos cargan sobre sus hombros las mesas o los aparadores que, una vez más en sus largos, larguísimos años de vida, cambiarán de dueño y de lugar. Por los pasillos irregulares, angostos y de curvas impredecibles, la gente que pasea observa: todos tienen algo de mirada de miope, pero no porque lo sean sino porque ponen mucho empeño en observar. Es que se viene aquí a observar. A buscar con cierta imprecisión. A ver qué hay. Quien decide venir a "las pulgas", como dicen los puesteros, no tiene urgencia. Sabe que pueden ser necesarias varias visitas para descubrir, allá al fondo, en una esquina, desmerecidos por su lugar de exposición, ese mueble o esa lámpara que comprarán no sólo satisfechos por su diseño o sus materiales sino además por su precio. Precio de pulga.

En el amasijo de puestos atiborrados más de cosas viejas que de antigüedades, no todo es roble lavado ni estilo Luis y pico venido a menos, ni fórmica saltada. Salpicando la variopinta uniformidad del mercado, en algunos puestos saltan a la vista acrílicos, plásticos, metales ranurados, vidrios pintados, cromos, objetos extrañamente futuristas: son los que concentran su oferta en piezas de las décadas del '50, el '60 y el '70, los puestos modernos que ya han dejado de pasar inadvertidos y convocan al mercado a un público amante de los estilos de las décadas pasadas y que busca ese reloj, esa radio, ese aplique, sin la obligación de pagar por ellos las cifras desbordadas por los locales de diseño.

En uno de esos puestos, de nombre Michael, Michael se recuesta sobre un sillón huevo Jacobsen todavía sin restaurar. Michael se llama Sergio, pero cuenta que como él llama a todo el mundo Michael, el apodo le quedó para él. Tiene un pasado de gastronómico y es técnico electromecánico, pero el azar lo arrimó hace unos años a un puesto del mercado en el que consiguió trabajo arreglando lámparas, y las lámparas lo deslumbraron. Hace tres años, con los otros dos puesteros modernos del mercado, Miguel y Adrián, iniciaron esta historia de segmentarse y distinguirse con los muebles y las lámparas retro, aunque después cada uno fue afianzando su propio perfil.

"No me quedo con una sola época. Me gustan las lámparas art déco, con sus bases de mármol de Carrara, o esas esferas flotando en el aire. Me gustan las cosas con funcionamiento, como algunas lámparas de los '50 que suben y bajan su altura. Acá la cuestión es salir a buscar y encontrar. A veces es en remates, a veces vamos al interior, por ahí pasa un cliente y me avisa que en tal lado hay algo interesante... el tema es que hay que saber qué es potable. Por ahí encuentro diseños tan destruidos que no vale la pena arreglarlos. Porque para restaurar, de lo que se trata es de usar elementos originales, si no se desvirtúa el diseño", dice Michael, que muestra sus silloncitos huevo (cuestan 250 pesos el par) y explica: "¿Ves? Yo podría retapizarlos y venderlos ya más caros, pero por ahí el color que yo elijo no es que el cliente elegiría. Yo prefiero dejarlos así, tal comolos encontré, entonces el que venga acá tiene que imaginárselos lustrados, retapizados, es un pequeño esfuerzo, pero el precio lo compensa".

Michael dice que es habitual que en su puesto alguien pase y le ofrezca canje: a veces es un trueque y a veces es una parte del pago. Sobre el perfil de quienes llegan a su puesto, asegura que "hay de todo. Chicos jóvenes que compran las cosas más baratas, o gente un poco más grande que se acuerda de que en su casa de la infancia estaba esta lámpara o esta mesa ratona...".

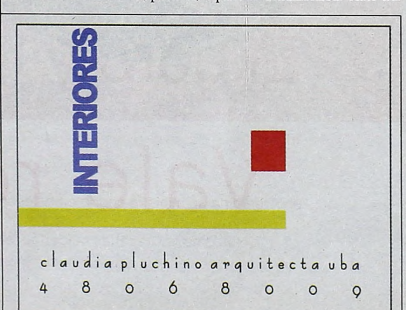
Pegando un par de vueltas por los pasillos, está el puesto de Rita y Miguel. Pequeños muebles, objetos precisos, como radios, relojes o copetineros, emergen con el halo inconfundible de los '50 y los '60. El puesto se llama Kuriosity, y tiene, curiosamente, una sucursal en Diseñadores del Bajo. Miguel Lissi trabajó una década en la Secretaría de Cultura porteña, y otra en el montaje de exposiciones en diferentes ámbitos. Junto a Michael y Adrián, empezó hace unos años a trabajar en el mercado, frente al que trabaja y del que ya era habitué. Cuando empezaron a concentrar la oferta de muebles retro, sonó una señal de alarma, en el mejor de los sentidos: locales de diseño de Palermo les pedían que los abastecieran, porque esos estilos estaban poniéndose de moda. "Poco a poco empecé, además de seguir buscando material de época, a producir algunos objetos, como las lámparas tubo. Un momento muy fuerte fue cuando conseguí matrices originales, y pude encargar a los cristaleros que trabajan conmigo cantidades mínimas de lámparas que voy reponiendo de a poco. Me encantan los naranjas y los azules intensos de esas décadas."

Ilum, Kartell, Lumi, Emver: marcas argentinas de lámparas y objetos (papeleros, ceniceros, hieleras, paragüeros, mesas apilables) que hablan no sólo de otra época sino también de otro país: un país productivo. Miguel rescató un catálogo original de Ilum (marca de la que tiene en venta muchas lámparas originales) en una vieja casa de iluminación de barrio. Es uno de los tesoros que guarda en el puesto. Hace algo así como arqueología urbana: es muchas veces en los barrios más destemplados, más alejados de la corriente del progreso donde todavía encuentra piezas cuyo valor simbólico sólo admiten algunos de los visitantes de su puesto. "Una vez, en un bazar de un pueblo de la provincia de Buenos Aires, en uno de esos depósitos enormes que han quedado casi inmóviles durante muchos años, encontré stock de los ceniceros ondulados que hacía Kartell en los '60. Yo no lo podía creer, pero el dueño del bazar tampoco podía creer que alguien se interesara tanto en esa mercadería que él ya había catalogado como invendible. Fue una fiesta."



Uno de los must de Kuriosity es la lámpara Sputnik, que simplificada se llama Star y que han adoptado para su ambientación muchos locales de vanguardia. De hecho, muchos de los locales de Diseñadores del Bajo están iluminados por Miguel. El Sputnik brilla en el bar de la galería, Saturnalia. Entre el mercado de Dorrego y el Bajo, se cruzan varios barrios, entre ellos Palermo. "Palermo todavía nos queda lejos", dice paradójicamente Miguel, que no quiere ser "presuntuoso", pero señala que la apertura de su pequeño puesto en las pulgas, hace tres años, y la búsqueda amorosa a la que desde entonces se ha consagrado para esta extraña museología de la vida cotidiana de hace treinta o cuarenta años "coincide con el auge de la movida de Palermo". No lo dice, pero modestamente y con todo derecho, cree que tiene algo que ver.













FOTOS: RAFAEL YOHAI

dernas

todo, incluso perlas de
s que en los locales de
llones, mesas ratonas,
hicieron historia. Y

para o esta mesa ratona...".

Pegando un par de vueltas por los pasillos, está el puesto de Rita y Miguel. Pequeños muebles, objetos precisos, como radios, relojes o copetineros, emergen con el halo inconfundible de los '50 y los '60. El puesto se llama Kuriosity, y tiene, curiosamente, una sucursal en Diseñadores del Bajo. Miguel Lissi trabajó una década en la Secretaría de Cultura porteña, y otra en el montaje de exposiciones en diferentes ámbitos. Junto a Michael y Adrián, empezó hace unos años a trabajar en el mercado, frente al que trabaja y del que ya era habitué. Cuando empezaron a concentrar la oferta de muebles retro, sonó una señal de alarma, en el mejor de los sentidos: locales de diseño de Palermo les pedían que los abastecieran, porque esos estilos estaban poniéndose de moda. "Poco a poco empecé, además de seguir buscando material de época, a producir algunos objetos, como las lámparas tubo. Un momento muy fuerte fue cuando conseguí matrices originales, y pude encargar a los cristaleros que trabajan conmigo cantidades mínimas de lámparas que voy reponiendo de a poco. Me encantan los naranjas y los azules intensos de esas décadas."

Ilum, Kartell, Lumi, Emver: marcas argentinas de lámparas y objetos (papeleros, ceniceros, hieleras, paragüeros, mesas apilables) que hablan no sólo de otra época sino también de otro país: un país productivo. Miguel rescató un catálogo original de Ilum (marca de la que tiene en venta muchas lámparas originales) en una vieja casa de iluminación de barrio. Es uno de los tesoros que guarda en el puesto. Hace algo así como arqueología urbana: es muchas veces en los barrios más destemplados, más alejados de la corriente del progreso donde todavía encuentra piezas cuyo valor



simbólico sólo admiten algunos de los visitantes de su puesto. "Una vez, en un bazar de un pueblo de la provincia de Buenos Aires, en uno de esos depósitos enormes que han quedado casi inmóviles durante muchos años, encontré stock de los ceniceros ondulados que hacía Kartell en los '60. Yo no lo podía creer, pero el dueño del bazar tampoco podía creer que alguien se interesara tanto en esa mercadería que él ya había catalogado como invendible. Fue una fiesta."

Uno de los must de Kuriosity es la lámpara Sputnik, que simplificada se llama Star y que han adoptado para su ambientación muchos locales de vanguardia. De hecho, muchos de los locales de Diseñadores del Bajo están iluminados por Miguel. El Sputnik brilla en el bar de la galería, Saturnalia. Entre el mercado de Dorrego y el Bajo, se cruzan varios barrios, entre ellos Palermo. "Palermo todavía nos queda lejos", dice paradójicamente Miguel, que no quiere ser "presuntuoso", pero señala que la apertura de su pequeño puesto en las pulgas, hace tres años, y la búsqueda amorosa a la que desde entonces se ha consagrado para esta extraña museología de la vida cotidiana de hace treinta o cuarenta años "coincide con el auge de la movida de Palermo". No lo dice, pero modestamente y con todo derecho, cree que tiene algo que ver.

Calendario de la SCA

La Sociedad Central de Arquitectos declaró abierto su concurso de dibujos para el calendario 2002 e invita a arquitectos y estudiantes de arquitectura a participar. Con el auspicio de Pivot, el concurso cierra el 31 de octubre, es de tema libre y tiene bases que pueden retirarse en la Sociedad, Montevideo 938, o en www.soccarq.org.

Libros bonaerenses

El Colegio de Arquitectos bonaerense, distrito 2, inauguró ayer su feria del libro que conmemora el Día del Arquitecto. La segunda sesión será el viernes que viene en la sede de Manuel Castro 1440, Banfield, de 9 a 13, y contará con una amplia variedad bibliográfica, con descuentos para profesionales y estudiantes.

Obras, por concurso

Cecilia Felgueras recibió una propuesta de ley de Concursos elaborada por la SCA, para que la Ciudad realice concursos de ideas, croquis y proyectos para sus obras de arquitectura y urbanismo. El proyecto fue entregado a la vicejefa de Gobierno por las autoridades de la Sociedad Central de Arquitectos. La idea es que aquellas obras que no son encaradas por organismos técnicos porteños se elijan con un máximo de transparencia.





FOTOS: RAFAEL YOHAI

CON NOMBRE PROPIO

Carolina Antoniadis, maestra en ironía

POR LUJAN CAMBARIERE

Pintora, profesora, vestuarista, diseñadora de ropa y de vajilla. Carolina Antoniadis ya dibujaba figurines a los 10 años, estudió pintura en porcelana a los 16, egresó de la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón en 1984, da clases desde hace más de once años en la carrera de Diseño de Indumentaria y Textil de la UBA y en Bellas Artes, y ostenta premios y becas (Klemm y Antorchas, entre otras). Es casi tantas cosas como la lleve el destino o toque su obra.

¿El común denominador de tan vasta carrera? Su maestría en el arte de la ironía. Todas sus obras hablan de su propia concepción del mundo, del género, de los hombres, de las mujeres, de mitos, herencias, iconos, preconceptos, costumbres y supuestas teorías. Y ése tal vez sea su mayor encanto.

Por ejemplo, su vajilla satiriza los tan difundidos simbolismos de la naturaleza social. Se cuela formalmente en las casas, en el día a día de las personas desde una taza, un cenicero, florero, lapicero o los juegos de platos, como alguien que habla en voz baja, pero no por eso deja de enviar mensajes. Así, las figuras, personajes o dibujos que imprime en la porcelana hablan de la institución del casamiento, del consumismo y de un sinfín de temas que para ella revisten cierto análisis.

El disparador fue hacer, en 1993, un juego de vajilla para uso personal. "Estaba casada e hice mi propio juego de platos –cuenta–. Entonces venían amigos y me los pedían. Al principio pintaba a mano, pero al empezar a comercializarlos opté por la serigrafía." Desde ese momento, estas piezas utilitarias acompañan paralelamente su carrera pictórica. Casi espontáneamente, cada dos años presenta nuevas colecciones de vajilla y objetos de uso que generalmente parten de sus cuadros.



"Pero hago el camino inverso. En la pintura uso temas con un lenguaje decorativo, pero que no lo son tanto, porque al hacer una segunda lectura, a veces son trágicos. Hay personas que lloran, cosas bastante melancólicas. Y cuando lo llevo a la porcelana, trato de usar temas que no sean decorativos. No pinto flores ni pájaros. Pongo caras de distintas etnias o iconos como el de la ama de casa, la típica mujer de los '50. El modelo americano de la felicidad con Doris Day a la cabeza", detalla.

La porcelana como soporte

"Me encanta el brillo que tiene su superficie. Su delgadez. Me gusta su temperatura, el blanco, su nitidez, su elegancia. Por eso, mi ideal sería hacer también los diseños de las piezas. Pero como las matrices son muy caras, por ahora, me conformo haciendo el trabajo de la superficie." Y analizando también cómo cambian los conceptos: "Ahora estoy pensando en hacer una serie para gente sola. Personas que no necesitan todo el juego. O prescindir de ciertos complementos como el plato hondo que pasó a un segundo plano. Pautas que van marcando los distintos cambios sociales y se hacen patentes en los objetos de uso cotidiano".

¿Objetos de arte, piezas utilitarias? "Nunca tuve prejuicios con eso. Además, ahora el arte y el diseño van muy de la mano. Igual, hace un tiempo hice una instalación que se llamó 'Artes menores, problemas mayores', que era un poco la respuesta a ese concepto. Una serie de jarrones con el cuerpo humano visto por dentro."

Vajilla original con rúbrica de artista plástica. Obra de arte que se cuela en las alacenas de la casa. Al trabajo de Carolina Antoniadis vale la pena descubrirlo de primera mano. Sus series de vajilla están en venta en Oda (Costa Rica 4670). Si no, basta consultar en su taller al 4833-3063 o en su reciente página web www.carolinaantoniadis.com